

Joseph Conrad

Nostromo
Relato del litoral

Traducción del inglés
de Alberto Adell

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Nostramo. A Tale of the Seaboard*

Primera edición: 1998

Segunda edición: 2024

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsuarez.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Herederos de Alberto Martínez Adell, 1998

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1998, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-584-5

Depósito legal: M. 651-2024

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

So foul a sky clears not without a storm

SHAKESPEARE

A John Galsworthy

Nota del autor

Nostramo es la más ansiosamente meditada de las novelas largas correspondientes al período posterior a la publicación del volumen de relatos *Tifón*.

No quiero decir que fuese consciente entonces de ningún cambio inminente en mi pensamiento y en mi actitud hacia las tareas de mi vida literaria. Y quizá no se diera nunca cambio alguno, salvo en esa cosa misteriosa y aparte que nada tiene que ver con las teorías artísticas; un cambio sutil en la naturaleza de la inspiración; un fenómeno del que en forma alguna puede considerárseme responsable. Lo que, sin embargo, me causó cierta preocupación fue que, después de dar fin al último relato del volumen de *Tifón*, me pareció como si no quedase nada más en el mundo sobre lo que escribir.

Este sentimiento, extrañamente negativo a la vez que inquietante, duró algún tiempo; y entonces, al igual que con muchos de mis relatos más largos, la primera inspiración de *Nostramo* me vino en forma de una vaga anécdota carente por completo de detalles valiosos.

El hecho es que en 1875, o 1876, siendo muy joven, en las Antillas o mejor en el golfo de México, ya que mis contactos con tierra eran breves, escasos e insignificantes, oí la historia de un hombre del que se decía haber robado él solo un cargamento de plata, en algún lugar del litoral de Tierra Firme, durante los disturbios de una revolución.

A primera vista, era algo como una hazaña. Pero no oí más detalles, y al no tener un interés especial en los delitos

por sí mismos, no era probable que conservase aquél en la memoria. Y lo olvidé, hasta que veintiséis o veintisiete años después me topé justo con el mismo asunto en un manoseado volumen descubierto a la puerta de una librería de viejo. Era la autobiografía de un marinero norteamericano, escrita con la ayuda de un periodista. Durante sus andanzas, el marinero norteamericano había trabajado algunos meses a bordo de una goleta cuyo capitán y propietario era el ladrón del que yo había oído hablar en mi primera juventud. No me cabe duda de ello, porque resulta difícil que se diesen dos hazañas de este peculiar carácter en la misma parte del globo, y ambas como consecuencia de una revolución sudamericana.

El sujeto había conseguido efectivamente robar una garrapa con plata, y esto, parece ser, sólo a causa de la implícita confianza de sus patronos, que debían de ser jueces sumamente deficientes del carácter humano. En el relato del marinero, está pintado como un pícaro consumado, tramposo, estúpidamente cruel, grosero, de mísera apariencia, y en todo indigno de la grandeza que esta oportunidad le había proporcionado. Lo que resultaba interesante era que se ufanasen a las claras de ello.

Solía decir: «La gente cree que he hecho un montón de dinero con esta goleta de mi propiedad. Pues eso no es nada. Para nada me importa. De vez en cuando desaparezco tranquilamente y me llevo una barra de plata. Tengo que hacerme rico poco a poco, ¿entiendes?».

Había también otro detalle curioso acerca del hombre. En cierta ocasión, durante una disputa, el marinero le amenazó: «¿Qué me impide bajar a tierra y denunciar lo que me ha contado de la plata?».

El cínico granuja no se alarmó lo más mínimo. Más bien se rio. «Imbécil, si te atreves a decir eso de mí en tierra te encontrarás con un puñal clavado en la espalda. Todo bicho viviente en ese puerto es amigo mío. ¿Y quién puede pro-

bar que la gabarra no se hundió? No te he dicho dónde está escondida la plata, ¿verdad? ¿Y si hubiera mentido? ¿Eh?»

Al final, el marinero, harto de la miserable bajeza del ladrón empedernido, desertó de la goleta. La anécdota en su totalidad ocupa tres páginas de la autobiografía. Nada importante; pero al releerlas, la curiosa confirmación del puñado de palabras oídas casualmente en mis primeros años evocó el recuerdo de aquel lejano tiempo en que todo era tan nuevo, tan sorprendente, tan lleno de aventura, tan interesante; trozos de costas desconocidas bajo las estrellas, sombras de colinas a pleno sol, pasiones humanas en la penumbra, murmuraciones medio olvidadas, rostros borrosos... Quizá, quizá quedase algo en el mundo sobre lo que escribir. Pero al comienzo no vi nada en la simple historia. Un pícaro roba un gran paquete de un artículo valioso: así dice la gente. Esto puede ser cierto o no; y en ambos casos carece de valor en sí mismo. No me atraía inventar un relato detallado del robo, ya que como mi talento no iba por ese camino, creí que no merecía la pena el esfuerzo. Sólo cuando comencé a darme cuenta de que el ladrón del tesoro no tenía por qué ser necesariamente un perfecto sinvergüenza, que incluso podía ser un hombre de carácter, un protagonista y posiblemente una víctima durante las cambiantes circunstancias de una revolución, fue cuando tuve la primera visión de un país en penumbra que se convertiría en la provincia de Sulaco con su alta Sierra sombría y su neblinoso Campo como mudos testigos de sucesos derivados de las pasiones de los hombres sin visión para el bien y para el mal.

Éstos son en verdad los orígenes oscuros de *Nostramo*, el libro. Desde aquel momento, supongo, tenía que existir. Pero aún entonces dudé, como alertado por el instinto de conservación contra la aventura de un viaje largo y penoso hasta un país lleno de intrigas y de revoluciones. Pero había que hacerlo.

Hacerlo me llevó la mayor parte de los años 1903-1904; con muchas lagunas de dudas renovadas, de si no me perdería en las perspectivas cada vez más amplias que iban abriéndose ante mí a medida que profundizaba más y más en el conocimiento del país. También con frecuencia, cuando me creía llegado a un punto muerto con respecto a los enmarañados asuntos de la República, hacía la maleta, hablando figuradamente, y escapaba de Sulaco para cambiar de aires y escribir algunas páginas del *Espejo del mar*. Pero, en general, como acabo de decir, mi estancia en el continente de América Latina, célebre por su hospitalidad, duró unos dos años. A mi regreso encontré (hablando al estilo del capitán Gulliver) a mi familia en perfecto estado, a mi esposa, feliz de que la preocupación hubiese terminado, y a nuestro pequeño, que había crecido considerablemente durante mi ausencia.

Mi principal autoridad para la historia de Costaguana es, por supuesto, mi venerado amigo, el difunto don José Avellanós, ministro ante las cortes de Inglaterra y España, etc., en su imparcial y elocuente *Historia de cincuenta años de des-gobierno*. Esta obra no se publicó nunca –el lector descubrirá por qué– y yo soy en realidad la única persona en el mundo al tanto de su contenido. Lo he dominado en no escasas horas de meditación y espero que se confíe en mi exactitud. Para hacerme justicia, y para calmar temores de lectores posibles, me permito observar que no saco a cuento las escasas alusiones históricas por el deseo de exhibir mi erudición sin igual, sino que todas ellas se refieren directamente a la acción; bien por iluminar la naturaleza de los sucesos actuales o afectar directamente a las fortunas de los personajes de que hablo.

En cuanto a sus historias, de Aristocracia y Pueblo, hombres y mujeres, latinos y anglosajones, bandidos y políticos, he pretendido narrarlas con mano lo más imparcial posible dados la violencia y los conflictos de mis propias y

opuestas emociones. Y, después de todo, ésta es también la historia de sus conflictos. Al lector corresponde decir hasta qué punto merecen interés en sus acciones y en los propósitos secretos de sus corazones que las amargas necesidades de la época revelan. Confieso que, para mí, aquel tiempo es el tiempo de las amistades firmes y de las hospitalidades inolvidables. Y en mi agradecimiento debo mencionar aquí a la señora Gould, «la primera dama de Sulaco», a la que podemos abandonar confiadamente a la secreta devoción del doctor Monygham, y a Charles Gould, el creador idealista de los Intereses Materiales, al que debemos abandonar a su Mina, de la cual no hay huida en este mundo.

En cuanto a Nostromo, el segundo de los dos hombres en oposición, racial y socialmente, ambos apresados por la plata de la mina de Santo Tomé, me veo obligado a decir algo más.

No dudé en hacer italiano a este personaje central. Ante todo, el hecho es perfectamente verosímil: había enjambres de italianos por entonces en la Provincia Oriental, como cualquiera podrá ver si sigue leyendo; y después, porque nadie podía figurar tan bien al lado de Giorgio Viola el Garibaldino, el Idealista de las viejas revoluciones humanitarias. Por mi parte, necesitaba un hombre del Pueblo lo más apartado posible de las convenciones sociales y de todas las formas establecidas de pensar. No se trata de un altanero desprecio por las convenciones. Mis razones eran morales, no artísticas. Si hubiera sido un anglosajón, hubiera intentado figurar en la política local. Pero Nostromo no aspira a ser jefe en un juego personal. No pretende elevarse sobre la masa. Se contenta con sentirse un Poder dentro del Pueblo.

Pero, sobre todo, Nostromo es lo que es porque yo recibí la inspiración para él en mis años jóvenes de un marinero mediterráneo. Cuantos hayan leído ciertas páginas mías verán por qué digo que Dominic, el *padrone* del *Tremolino*, pudiera haber sido, dadas ciertas circunstancias, un Nostro-

mo. De todas formas, Dominic hubiera entendido perfectamente –aunque desdeñosamente– al otro personaje más joven. Él y yo nos comprometimos en una aventura bastante absurda, pero lo absurdo no importa. Es una auténtica satisfacción pensar que, siendo aún muy joven, algo debió haber en mí, después de todo, merecedor de la lealtad a medias resentida de aquel hombre, su devoción a medias irónica. Muchas de las expresiones de Nostromo las he oído primero en la voz de Dominic. Con la mano al timón y la mirada audaz observando el horizonte bajo la capucha frailuna que cubría su rostro, pronunciaba el preámbulo acostumbrado a sus implacables reflexiones: *Vous autres gentil-hommes!* con un tono cáustico que aún suena en mis oídos. ¡Como Nostromo! «¡Ustedes los *hombres finos!*» Justo como Nostromo. Pero Dominic, el corso, abrigaba cierto orgullo de casta del que se encuentra libre mi Nostromo, porque la genealogía de Nostromo ha de ser aún más antigua. Es el hombre con el peso de generaciones innumerables tras él y sin linaje de que presumir... Como el Pueblo.

En su firme dominio de la tierra que hereda, en su previsión y generosidad, en la prodigalidad de sus regalos, en su vanidad varonil, en la oscura conciencia de su grandeza y en su entrega leal con algo de desesperante a la vez que desesperado en sus impulsos, es un Hombre del Pueblo, la propia fuerza del pueblo, sin envidia y con desdén del mando, pero gobernando desde dentro. Años más tarde, convertido en el capitán Fianza, con intereses en el país, atendiendo a sus múltiples negocios, seguido con respetuosa atención por las calles modernizadas de Sulaco, visitando a la viuda de un *cargador*, acudiendo a la Logia, oyendo con imperturbable silencio los discursos anarquistas de la reunión, el enigmático patrocinador de la nueva agitación revolucionaria, el acomodado camarada Fianza, con la conciencia de su ruina moral sepultada en su pecho, sigue siendo esencialmente un hombre del Pueblo. En su

confusión de amor y desprecio por la vida y en la alarmante convicción de haber sido traicionado, de morir traicionado apenas si sabiendo por qué o por quién, sigue perteneciendo aún al Pueblo, el indudable Gran Hombre del Pueblo, con una historia particular.

Quisiera mencionar a otra figura de aquellos tiempos excitantes: la de Antonia Avellanos: la «bella Antonia». No me atrevería a afirmar que se trate de una posible variación de la joven latinoamericana. Pero, para mí, lo es. Siempre un poco eclipsada al lado de su padre (mi venerado amigo), confío en que posea el suficiente relieve como para hacer inteligible lo que voy a decir. De cuantos han presenciado conmigo el nacimiento de la República Occidental, ella es la única que ha conservado en mi memoria el aspecto de vida continua. Antonia la Aristócrata y Nostromo el Hombre del Pueblo son los artífices de la Nueva Era, los auténticos creadores del Nuevo Estado; él, por su hazaña legendaria y audaz; ella, como mujer, simplemente por la fuerza de lo que es: el único ser capaz de inspirar una pasión sincera en el corazón de un hombre superficial.

Si algo me podría persuadir de volver a Sulaco (me repugnaría ver todos estos cambios) sería Antonia. Y la verdadera razón de ello —¿por qué no ser sincero?—, la verdadera razón es que la he modelado sobre mi primer amor. ¡Cómo solíamos, nosotros, un grupo de colegiales crecidos, compañeros de sus dos hermanos, cómo solíamos admirar a aquella muchacha apenas salida del colegio, como abanderada de una fe en la que todos habíamos nacido, pero que ella sola sabía cómo mantener en alto con una esperanza resuelta! Quizá tuviese más intensidad y más serenidad en su alma que Antonia, pero era una puritana intransigente del patriotismo sin la menor contaminación de mundanidad en sus pensamientos. No era yo el único enamorado de ella; pero yo era quien tenía que oír con mayor frecuencia sus duras críticas de mis debilidades —como el pobre De-

coud- o aguantar el chaparrón de sus irrefutables dicerios. Ella no comprendía del todo; pero no importaba. La tarde en que acudí, como pecador temeroso, aunque desafiante, a decir el último adiós, recibí un apretón de manos que hizo saltar mi corazón y me llenó de estupor. Se había dulcificado al final, como si se hubiera dado cuenta de repente (¡éramos aún tan niños!) de que me iba en realidad para siempre, que marchaba muy lejos, tan lejos como Sulaco, que yacía desconocido, oculto a nuestros ojos en la tiniebla del Golfo Plácido.

Por eso, a veces desearía volver a ver a la «bella Antonia» (¿o será la Otra?), verla moverse en la penumbra de la gran catedral, rezando una corta oración ante la tumba del primer y último Cardenal-Arzbispo de Sulaco, de pie absorta en devoción filial ante el monumento a don José Avellanós, y, tras una lenta mirada de ternura y fidelidad al medallón en memoria de Martín Decoud, salir serenamente al sol de la Plaza con su paso altivo y su cabeza blanca; reliquia del pasado olvidado por los hombres que esperan con impaciencia las Auroras de otras Nuevas Eras, el advenimiento de Nuevas Revoluciones.

Pero éste es el más indolente de los sueños. Porque comprendí perfectamente entonces que en el momento en que el espíritu abandonó el cuerpo del Magnífico Capataz, el Hombre del Pueblo, libre al fin de los afanes de amor y de riqueza, no me quedaba ya nada que hacer en Sulaco.

J. C.

Octubre 1917

Primera parte
La plata de la mina

Capítulo 1

En tiempos de la dominación española, y durante muchos años después, la ciudad de Sulaco –la exuberante belleza de sus naranjales es testimonio de su antigüedad– no había tenido nunca más importancia comercial que la de un puerto de cabotaje con un tráfico local de cierta entidad en añil y pieles de buey. Los torpes galeones de altura de los conquistadores, que, necesitados de un soplo enérgico para marchar, permanecían inmóviles donde el barco moderno construido según las líneas del clíper avanza gracias al simple aleteo de sus velas, habían sido excluidos de Sulaco por las calmas predominantes de su extenso golfo. Hay puertos en el mundo de acceso difícil, por la traición de rocas sumergidas y las tempestades de sus costas. Sulaco había encontrado un santuario inviolable contra las tentaciones del mundo del comercio en el silencio solemne del profundo Golfo Plácido, como dentro de un inmenso templo semicircular y descubierto, abierto al océano, con murallas de montañas soberbias envueltas en fúnebres crespones de nubes.

A un extremo de esta amplia curva en el recto litoral de la República de Costaguana, el último ramal de la cadena costera forma un cabo insignificante conocido por Punta Mala. Desde el centro del golfo no es posible ver esa punta, pero el lomo de una escarpada colina en la lejanía puede percibirse débilmente como una sombra contra el cielo.

Al otro lado, lo que parece una mancha aislada de niebla azul flota ligeramente en el fulgor del horizonte. Es la

península de Azuera, caos salvaje de agudas rocas y llanos pedregosos cortados por barrancos verticales. Se adentra en el mar como una abrupta cabeza de piedra que se extiende desde una costa llena de verdor al final de un cuello angosto de arena cubierto por matorrales de espinosa maleza. Sin gota de agua, pues la lluvia resbala al instante de todas partes al mar, carece de suficiente tierra –según se dice– para que brote un tallo de hierba, como agostada por una maldición. Los pobres, que asocian por un oscuro instinto de consuelo el mal con la riqueza, os dirán que su esterilidad se debe a tesoros prohibidos. Las gentes de las cercanías, peones de las *estancias**, *vaqueros* de las llanuras litorales, sumisos indios que recorren leguas hasta el mercado con una carga de caña de azúcar o un cesto de maíz por valor de cuatro cuartos, están convencidos de que montones de oro resplandeciente yacen en la tiniebla de los profundos precipicios que hienden las pedregosas llanuras de Azuera. La tradición asegura que muchos aventureros de antaño perecieron en la búsqueda. También se dice que en tiempos no muy lejanos dos marineros errantes –*americanos*, quizá, en todo caso *gringos* de cualquier clase– se concertaron con cierto *mozo*, vago y jugador, y los tres robaron un asno para acarrear un haz de leña, un odre de agua y provisiones para unos cuantos días. Así acomodados, y con revólveres al cinto, salieron a abrirse camino a machetazos a través del espinoso matorral del cuello de la península.

A la tarde siguiente se vio, por primera vez en la memoria humana, alzarse débilmente contra el cielo una columna vertical de humo (que sólo podía proceder de la hoguera de su campamento) sobre la afilada cresta de la rocosa cabeza. La tripulación de una goleta de cabotaje, que yacía inmóvil por falta de viento a tres millas de la costa, la

* En adelante, las palabras en cursiva indican, casi siempre, que en el original aparecen en castellano. [N. del E.]

contempló con asombro hasta el anochecer. Un pescador negro, que vivía en una choza perdida en una bahía próxima, había visto la marcha y estaba a la mira de alguna señal. Llamó a su mujer justo cuando el sol se ponía. Observaron el extraño portento con envidia, incredulidad y pavor.

Los impíos aventureros no dieron más señales. Los marineros, el indio y el *burro* robado nunca volvieron a ser vistos. En cuanto al *mozo*, natural de Sulaco, su mujer le mandó decir algunas misas, y al pobre cuadrúpedo, incapaz de pecado, probablemente se le permitió morir; pero los dos *gringos*, fantasmales y vivos, se cree que siguen habitando entre las rocas, bajo el funesto embrujo de su éxito. Sus almas no pueden separarse de sus cuerpos en vela sobre el tesoro descubierto, ricos, hambrientos y sedientos. Extraña teoría de tenaces espectros *gringos*, que sufren en su carne hambrienta y sedienta de desafiantes herejes, mientras que un cristiano hubiera alcanzado la redención tras la renuncia.

Éstos son, pues, los legendarios habitantes de Azuera, los guardianes de su tesoro prohibido; y la sombra en el cielo por un lado, con la mancha redonda de calina azul empañando la brillante línea del horizonte por el otro, marcan los dos puntos extremos de la curva que lleva el nombre de Golfo Plácido, porque no se tiene noticia de que jamás un viento fuerte haya soplado sobre sus aguas.

Al cruzar la línea imaginaria trazada desde Punta Mala hasta Azuera, los barcos de Europa con rumbo a Sulaco dejan atrás las fuertes brisas del océano. Se convierten en presa de aires volubles que juegan con ellos a veces durante treinta horas seguidas. Ante ellos, la extensión del golfo en calma se encuentra cubierta la mayor parte de los días del año por nubes inmóviles y opacas. En las escasas mañanas claras, otra sombra cae sobre la curva del golfo. Arriba, el amanecer apunta tras el muro gigante y serrado de la Cor-

dillera, escueta visión de picos sombríos que erigen sus escarpados flancos sobre un elevado pedestal de bosque alzándose desde la misma orilla del mar. Entre ellos, la cabeza blanca del Higuerota se levanta majestuosa contra el azul. Grupos desnudos de rocas enormes siembran de diminutos puntos negros la uniforme cúpula de nieve.

Después, cuando el sol de mediodía retira del golfo la sombra de las montañas, las nubes comienzan a elevarse de los valles inferiores. Envuelven con sombríos jirones los desnudos peñascos de los precipicios sobre las laderas de bosque, ocultan las cumbres, humean en estelas tempestuosas a través de las nieves del Higuerota. La Cordillera ha desaparecido ante vosotros, como disuelta en grandes masas de vapores grises y negros que lentamente marchan hacia el mar y se desvanecen en puro aire a lo largo del litoral ante el ardiente calor del día. El borde asolador del banco de nubes siempre se esfuerza por alcanzar el centro del golfo, pero rara vez lo consigue. El sol –como dicen los marineros– se lo come. A no ser que por acaso un trueno sombrío se desprenda del bloque central para ir rodando a través del golfo y escapar al mar abierto más allá de Azuera, donde estalla de golpe en llamas y revienta como si un siniestro barco pirata del aire, puesto al paio sobre el horizonte, trabase batalla con el mar.

De noche, la masa de nubes que avanza hacia lo alto del cielo sofoca el golfo inmóvil abajo con una tiniebla impenetrable, en la que se oye el ruido de los chaparrones que comienza y acaba súbitamente, aquí y allá. Hasta tal punto, que estas noches cubiertas son proverbiales entre los marineros a lo largo de la entera costa occidental del gran continente. Cielo, tierra y mar desaparecen del mundo cuando el Plácido –dice el refrán– se va a dormir bajo su negro poncho. Las escasas estrellas que quedan bajo el ceño exterior de la bóveda brillan pálidas como en la boca de una negra caverna. En su inmensidad, vuestro barco flota sin ser visto

bajo los pies, las velas aletean invisibles sobre vuestra cabeza. Ni el ojo del mismo Dios –añaden con amarga irreverencia– podría descubrir qué está haciendo allí la mano del hombre; y bien se podría invocar impunemente la ayuda del diablo, si su malicia no fuera vencida por una oscuridad tan ciega.

Las costas del golfo son todas escarpadas; tres isletas desiertas tendidas al sol justamente fuera de la cortina de nubes, y frente a la entrada del puerto de Sulaco, llevan el nombre de «Las Isabelas».

Son la Gran Isabel; la Pequeña Isabel, que es redonda, y la Hermosa, la más pequeña.

Esta última no tiene más que un pie de altura y unos siete pasos de un lado a otro; sólo la superficie plana de una roca gris que humea como ceniza caliente bajo un chaparrón, y en la que nadie se atrevería a poner la planta desnuda antes de anochecer. En la Pequeña Isabel, una vieja palmera andrajosa, de grueso tronco deforme erizado de espinas, verdadera bruja de las palmeras, agita un patético plumero de hojas muertas contra la gruesa arena. La Gran Isabel tiene un manantial de agua dulce que brota en la ladera cubierta de vegetación de un barranco. Semejante a una cuña de tierra esmeralda de una milla de largo tendida sobre el mar, ostenta dos árboles frondosos muy cerca uno de otro, que arrojan una extensa sombra al pie de sus lisos troncos. Un barranco que se extiende a todo lo largo de la isla está lleno de matorrales; y presentando una profunda grieta enmarañada en la ladera alta, se extiende por la otra en una depresión poco profunda que acaba en una estrecha faja de costa arenosa.

Desde aquella punta baja de la Gran Isabel, la vista se extiende por un claro dos millas más allá, tan abrupto como si hubiera sido abierto a hachazos en la curva regular de la costa, justo hasta el puerto de Sulaco. Es una extensión de agua alargada, como un lago. Por un lado, los cortos rama-

les boscosos y los valles de la Cordillera bajan en ángulo recto hasta la misma costa; por el otro, la amplia vista del extenso llano de Sulaco se disuelve en el misterio opalino de las grandes distancias bajo la calina. La ciudad de Sulaco en sí –cimas de muros, una gran cúpula, brillos de miradores blancos en un extenso naranjal– se extiende entre las montañas y el llano, a escasa distancia del puerto y oculta a la visión directa del mar.

Capítulo 2

La única indicación de actividad comercial en el puerto, visible desde la playa de la Gran Isabel, es el extremo chato y cuadrado del muelle de madera que la Compañía Oceánica de Navegación a Vapor (la OSN, como corrientemente se decía) había tendido sobre la parte menos profunda de la bahía así que hubo decidido convertir Sulaco en uno de sus puertos de escala en la República de Costaguana. El Estado posee varios puertos en su litoral, pero con excepción de Cayta, punto importante, no son más que pequeñas y malacomodadas calas en una costa inexpugnable –como Esmeralda, por ejemplo, sesenta millas al sur– o bien simples radas abiertas, expuestas a los vientos y azotadas por el oleaje.

Quizá las mismas condiciones atmosféricas que habían mantenido alejadas las flotas mercantiles en el pasado persuadieron a la Compañía OSN de violar el refugio de paz que protegía la plácida existencia de Sulaco. Los aires volubles que juguetean con el semicírculo de aguas dentro de la península de Azuera no eran capaces de poner estorbos a la potencia de vapor de su excelente flota. Año tras año los negros cascos de sus barcos habían pasado y traspasado la costa, yendo y viniendo ante Azuera, las Isabelas, Punta Mala, atentos sólo a la tiranía del tiempo. Sus nombres, los nombres de toda la mitología, llegaron a hacerse familiares en una costa jamás regida por los dioses del Olimpo. El *Juno* era conocido exclusivamente por sus cómodos camarotes en el centro del barco; el *Saturno*, por la simpatía de su capitán y el lujo de pinturas y dorados de su salón, mientras